



Meridiano de los LIBROS

SECCION AL CUIDADO DE LUIS BARES

53

LA REINA VICTORIA EUGENIA DE CERCA. Marino Gómez Santos.—Edit. Afrodísio Aguado, Sociedad Anónima.

Los recuerdos de la reina Victoria Eugenia no son simples evocaciones intimistas; son, sobre todo, recuerdos históricos, pero de una historia tan presente y tan cercana que todavía respira un aire de actual realidad. Marino Gómez Santos se ha acercado a la que fue esposa de Alfonso XIII, a su retiro de Lausanne, y con la hábil penetración propia del periodista ha sabido pulsar los sentimientos de la Reina para hacer coherentes las evocaciones de una vida extraordinaria.

De este gran reportaje, que es a la vez historia y recuerdo, seleccionamos la breve narración que la reina Victoria Eugenia hizo a Marino Gómez Santos, del trágico suceso que ocurrió el día mismo de su matrimonio.

El cortejo nupcial vuelve a palacio por el itinerario previsto. Marcha lento, majestuoso, entre aclamaciones de la muchedumbre. Las iglesias de Madrid voltean sus campanas en señal de júbilo porque se ha casado el Rey; las bandas militares enardecen el ambiente cálido de la mañana con sus himnos marciales, y el pueblo madrileño, arracimado en los balcones y en la calle grita con entusiasmo ¡vivas!, al Rey y a la Reina.

No recuerda la Corte un espectáculo tan deslumbrante como el que forma la parada de las carrozas —casi todas las de palacio— ocupadas por la familia real y los herederos de las dinastías europeas. Desde los balcones de los casinos, de los miradores de las casas particulares o desde las tribunas, los espectadores cultos se esfuerzan en reconocer a cuantos personajes ocupan los carrua-

—Lo que les decía, son los príncipes de Gales.

—¿Está usted seguro?

—¡Por Dios, ni que fuera la primera vez que les vemos en Madrid!

—Este es el coche llamado de Caoba. ¡Mire que empaque, la reina Cristina!

—¡Va acompañada de la princesa Beatriz, Madre de la novia!

—Y del infante don Carlos y del heredero del Trono, don Alfonso María, que es un encanto de criatura.

El sol de la una de la tarde, en este último día del mes de mayo, pone fuego en el oro de los carruajes, en las condecoraciones y en los uniformes bordados en plata; centellea en las coronas, en las diademas y en las joyas.

Ya cerca de las dos de la tarde desemboca la comitiva en la calle Mayor, que es la vía comercial de la ciudad, con todo su encanto galdosiano.

Y al llegar a la altura del número 88, frente a la calle San Nicolás, la carroza de los reyes se detuvo y don Alfonso dijo a la Reina, mientras se asomaba por la ventanilla:

—No me explico. Seguramente esta parada es causada por los que se apean en palacio... Dentro de unos momentos estaremos en casa.

Ahora, cincuenta y ocho años después del histórico atentado contra los reyes en la calle Mayor, estamos ante la reina Victoria Eugenia.

—¿Recuerda vuestra majestad cómo ocurrió el atentado? —le preguntamos.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. El Rey no me dijo una palabra del anónimo que había recibido aquella mañana, antes de salir de palacio para la iglesia; pero cuando empezaron a tirar flores en la calle Mayor —él me hablaba en francés, porque yo no hablaba español, y él no hablaba inglés; así que el francés era nuestra lengua—, me dijo: «J'ai défendu de jeter des fleurs. Maintenant il n'a plus de danger». Pero antes de que pudiera decir: ¿Quel danger?... es cuando vino la explosión.

—¿Creyó vuestra majestad que se trataba de una bomba?

—Verás... El Rey, un poco exagerado, como todos los novios españoles, me dijo que para que todo Madrid supiera cuando éramos ya marido y mujer, iba a haber unas salvas y que quizás éstas romperían algunos cristales. Detesto los tiros y los ruidos y por eso yo estaba así...

La Reina hace ademán de taparse los oídos.

—Pasó un momento, y como no se producían las salvas de artillería, me dije: «Nada, se han olvidado. ¡Gracias a Dios!» No me dio tiempo a preguntar al Rey a qué peligro se refería, porque me encontré dentro de una nube negra, y comencé a oír gritos. Entonces comprendía que algo terrible había pasado. Para tener más libertad había tirado mi

*Sigue al dorso →
"Meridiano"
Marzo 1965*



manto en el asiento de enfrente y las ventanas de la carroza iban abiertas. El pobre lacayo que marchaba al lado fue muerto en la explosión y la sangre de su cabeza cayó sobre mi manto. El Rey creyó en el primer momento que yo estaba herida; pero no...

... ..